

URBANISMO, VIVIENDA Y CONSTRUCCIÓN

Los poblados ibéricos se emplazaron generalmente en lo alto de cerros o promontorios estratégicos, con un amplio control visual de su territorio circundante, adaptándose al terreno natural y conformando un perímetro cerrado o amurallado para mejorar su defensa. Existen varios modelos de ocupación y de urbanismo en época ibérica, todos ellos bien representados en la comarca Andorra-Sierra de Arcos. El poblado del Cabezo de San Pedro de Oliete se ajustaría al enunciado más arriba. Otro de los modelos típicos de urbanismo de la primera Edad del Hierro y de las primeras etapas de época ibérica es el poblado de calle central, con viviendas alineadas a ambos lados de un espacio o calle desde el que se accede a todas ellas. El poblado de El Cabo de Andorra se ajusta claramente a este tipo tradicional de urbanismo. Existieron también asentamientos con las viviendas dispuestas en laderas aterrazadas, como en El Castellillo de Alloza. A partir del siglo III, con la llegada de los romanos, aparecen nuevas formas de ocupación urbana, de las que El Palomar de Oliete es un claro ejemplo, con un urbanismo planificado de calles que se cruzan perpendicularmente creando manzanas de viviendas o almacenes y una división funcional del espacio entre áreas domésticas, calles y espacios públicos o religiosos.

Las viviendas de las etapas del ibérico antiguo y pleno suponen una continuación de las casas de la primera Edad del Hierro, generalmente de pequeñas dimensiones (20-40 m²), planta rectangular alargada, muros medianiles comunes y entrada por uno de los lados cortos abierto a la calle. Estas viviendas suelen presentar una habitación única con pequeño hogar, que sirve de cocina, estancia y dormitorio común. Tanto en el poblado de El Cabo como en El Palomar de Oliete se documenta la presencia de altillos o de una segunda planta. Este panorama



Construcción de tapial. Dibujo F. Riart.

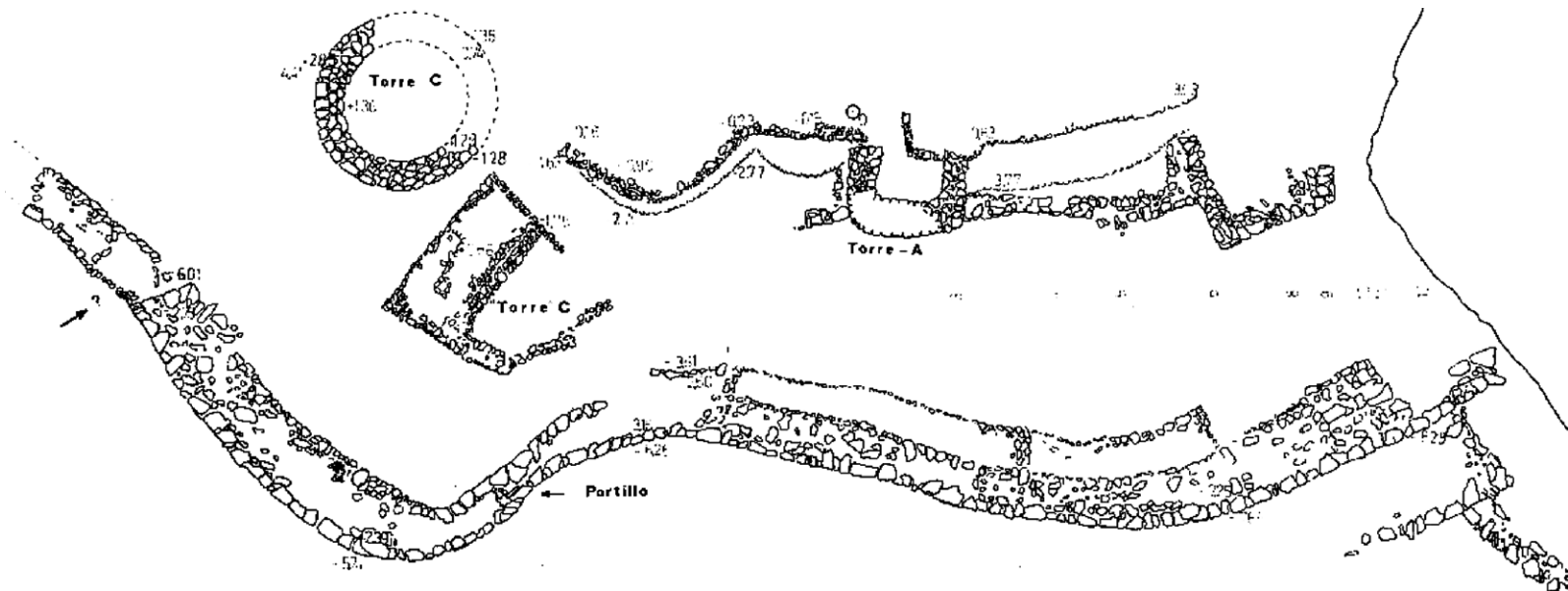
de uniformidad cambia a finales del siglo III a. C., de nuevo tras la llegada de los romanos, cuando encontramos casas de planta cuadrangular con varias habitaciones, espacios de almacenaje e, incluso, de transformación de materias primas agrícolas provistas de bancos y balsetas de mortero de yeso (El Palomar de Oliete). Con la plena romanización, a partir del siglo I a. C., hallamos verdaderas casas aristocráticas que cuentan con numerosas estancias en torno a un patio central, imitando las *domus* romanas, como en el Cabezo de Alcalá de Azaila o El Palao de Alcañiz.

Las técnicas de construcción de la época ibérica se adaptaron, como ocurre con muchas otras culturas, a los recursos naturales de su entorno utilizando, casi siempre de manera conjunta, los materiales que tenían a su alcance: en nuestro territorio, la



Detalle de la cubierta de una caseta tradicional.

piedra, el barro crudo, la madera y los elementos de origen vegetal. La piedra en bruto (mampostería) o careada en pequeños bloques regulares (sillarejo) se empleaba en seco o rejuntada con barro en los zócalos o basamentos de los edificios, edificando y recreciendo sobre ellos las paredes con adobes de barro y paja, en ocasiones enlucidos con barro o cal. El uso de este último material está bien documentado en El Cabo de Andorra pues aparece en los morteros de barro empleados para trabar los adobes, en algunos molinos de mano utilizados para su preparación e, incluso, almacenado. Los pavimentos de las habitaciones eran de tierra compactada y las cubiertas de entramados vegetales recubiertos de barro y apoyadas sobre vigas y postes de madera. En la fase iberorromana se documenta el empleo del tapiel, mediante



Planta de la fortificación de San Pedro de Oliete, según J. Vicente *et al.*

encontrados de madera, con una técnica que ha perdurado hasta pleno siglo XX. Algunas obras defensivas, como las murallas externas del Cabezo de San Pedro de Oliete, se construyeron con enormes bloques irregulares de piedra, colocados en seco, perfectamente conservados dos milenios después. También se utilizaron losas y lajas de piedra en los asentamientos más tardíos (siglos II-I a. C.), como El Palomar de Oliete, para pavimentar las calles, aceras o espacios abiertos y pavimentos de mortero de cal o yeso, sobre todo, en las estancias de almacenamiento de alimentos.

Fortificaciones ibéricas en la comarca Andorra-Sierra de Arcos

Siguiendo una tradición defensiva, cuyo origen cabe relacionar con la creación de los primeros asentamientos humanos estables, los poblados de época ibérica dieron especial importancia a su seguridad y protección ante posibles ataques de enemigos eligiendo para ello lugares de fácil defensa y construyendo murallas, torreones y fosos para asegurarlos. En el área bajoaragonesa los primeros asentamientos ibéricos ya muestran alguna de estas estructuras defensivas, que irán aumentando y mejorando con el paso del tiempo. En la comarca de Andorra-Sierra de Arcos encontramos varios ejemplos de fortificaciones, cada vez más sofisticadas. En el siglo V a. C. se documenta en El Cabo de Andorra la presencia de varias torres (una de ellas, la de mayor tamaño, exenta y de planta rectangular, ubicada entre los núcleos de habitación de El Cabo-1 y El Cabo-2) y en este último núcleo urbano, un sistema defensivo compuesto por una muralla escalonada en su vertiente sur, con un estrecho acceso en recodo protegido por otro torreón de planta cuadrangular algo aquillada y una plataforma en el lado contrario, que posiblemente fue la base de otro torreón.



Recreación de El Cabo de Andorra.

Aunque la presencia de torres, murallas y fosos ya se da en momentos tempranos, el auge de las fortificaciones ibéricas tiene lugar, sobre todo, a lo largo del siglo III a. C., justo antes de la conquista romana, como consecuencia de los conflictos entre romanos y cartagineses. Algunos asentamientos de la comarca del Matarraña, como San Antonio de Calaceite y Els Castellans de Cretas-Calaceite, presentan grandes similitudes en su sistema defensivo con torreones de plantas elípticas, un cuidado aparejo y un tamaño desproporcionado en relación con el hábitat al que protegen, lo cual parece indicar no solo su papel defensivo, sino también su función de obras de prestigio asociadas a sedes de poder.



Vista general de una de las torres de San Pedro de Oliete.

Pero, posiblemente, la fortificación ibérica más espectacular de nuestro territorio sea la del Cabezo de San Pedro de Oliete, que está siendo objeto de una nueva fase de excavación y estudio por parte del Museo de Teruel. El asentamiento de San Pedro está protegido por un gran foso, una doble línea de murallas (la primera de ellas de 4 m de ancho construida con sillares ciclópeos), un camino de ronda y varios torreones de planta circular, de los cuales uno conserva una altura de más de 13 m. El conjunto fortificado de San Pedro, cuya construcción se ha relacionado con los conflictos de la segunda guerra púnica, presenta unas dimensiones y un interés extraordinarios y constituye uno de los ejemplos más importantes y mejor conservados de este tipo de estructuras defensivas de época ibérica en España.

Las fortificaciones continuaron durante los siglos II y principios del I a. C., y fueron todavía esenciales en los conflictos y guerras entre los ejércitos romanos en nuestro territorio; el Cabezo de Alcalá de Azaila constituye un claro ejemplo de ello.



Escena de caza en una cerámica de El Castellido de Alloza.